PEDRO SÁNCHEZ, ENTRE EPISODIO NACIONAL Y EPISODIO PERSONAL

La primera referencia a la conexión de *Pedro Sánchez* (1883) con las dos series de *Episodios Nacionales* publicadas hasta aquel momento por Benito Pérez Galdós data justamente de hace un siglo. En las páginas de *La España Moderna* de abril de 1906 apareció una «Crónica literaria. D. José María de Pereda», firmada por Eduardo Gómez de Baquero, *Andrenio*, en la que se apuntaba que la novela era «en cierto modo un episodio nacional»[1]. En 1958, en el prólogo a su edición de la obra, José María de Cossío amplió la sucinta afirmación de *Andrenio* al «sostener el carácter de novela histórica de *Pedro Sánchez*» y señalar el acierto del autor a la hora de «vincular el drama íntimo del protagonista al drama revolucionario»[2]. En la misma dirección ahondó poco después José Fernández Montesinos, para quien la mezcla de «memorias personales e históricas» que caracteriza *Pedro Sánchez* procedía de los *Episo-*

[1] Citado por José Manuel GONZÁLEZ HERRÁN, *La obra de Pereda ante la crítica literaria de su tiempo*, Santander, Excmo. Ayuntamiento de Santander y Ediciones de la Librería Estvdio, 1983, p. 199.

[2] COSSÍO, «Prólogo», *Pedro Sánchez*, Madrid, Espasa-Calpe, 1958, p. xxxvii.

dios[3]. Finalmente, John Akers destacó la dependencia que la trama de la obra tiene respecto del referente histórico, hecho que la aproxima al subgénero ideado por don Benito[4].

Si el estímulo de Galdós parece indudable a raíz del testimonio de los críticos citados arriba, no es menos lícito pensar en la influencia que *Pedro Sánchez* pudo ejercer en la composición de dos *episodios* galdosianos correspondientes a la cuarta serie. Aludo a *La revolución de julio* (1903) y *O'Donnell* (1904), cuyo marco coincide con el de la novela perediana. Laureano Bonet sugirió lo fascinante que resultaría trazar dicho estudio comparativo[5], iniciativa que culminó González Herrán satisfaciendo un doble propósito: pasar revista a las semejanzas y diferencias más notorias entre los textos de ambos escritores y «apuntar algunas de las razones ideológicas y estéticas que pueden explicarlas»[6].

Partiendo de la excelente labor de los estudiosos que me han precedido, en las páginas siguientes me gustaría analizar la interacción de factores a la vez históricos e individuales como clave que ilumina los temas y el sentido último de la novela. A efectos de claridad expositiva, dividiré mi trabajo en dos apartados que se ocupen respectivamente de: 1) consignar el grado de fidelidad de los sucesos relativos a la historia del período 1854-1856, según los refiere el narrador y protagonista homónimos (*episodio nacional*); 2) trazar la evolución de dicho personaje no sólo a partir de los rasgos particulares de su psique, sino también al compás de los eventos históricos en los que participa (*episodio personal*). Se trata, en suma, de abordar la cuestión central en la poética de cualquier relato histórico digno de este calificativo, a saber, cómo se las in-

---

[3] MONTESINOS, *Pereda o la novela idilio*, Madrid, Castalia, 1969, p. 140. El crítico granadino opina que «lo más amable de *Pedro Sánchez* es lo que de episodio nacional tiene» (*Ibidem*, *op. cit.*, p. 140).

[4] *Pedro Sánchez* «is as close as any of his Works to being a Galdosian-style *episodio nacional*» (AKERS, «Out of the Garden and into the City: José María de Pereda's *Pedro Sánchez*», *Anales Galdosianos*, 20. 1, 1985, p. 24).

[5] BONET, «Introducción», Benito PÉREZ GALDÓS, *Ensayos de crítica literaria*, Barcelona, Península, 1990, p. 31.

[6] GONZÁLEZ HERRÁN, «La revolución de julio de 1854 en la novela: José María de Pereda, *Pedro Sánchez* (1883); Benito Pérez Galdos, *La revolución de julio* (1903)», *Actas del Quinto Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1995, p. 384.

genia el escritor para integrar unos hechos objetivos y verificables fuera del texto dentro del cañamazo de una ficción surgida de su capacidad fabuladora.

Episodio Nacional: La Revolución de julio y el Bienio Liberal

Pedro Sánchez se abre con una escueta oración que sitúa al lector dentro de la perspectiva que domina el relato de principio a fin: «Entonces no era mi pueblo la mitad de lo que es hoy»[7]. Nos las habemos, pues, con una narración en primera persona («*mi* pueblo»), vertebrada alrededor de dos planos cronológica y ontológicamente diferenciados: el tiempo de la *historia*[8], del «entonces», al que se contrapone el tiempo de la *narración*, del «hoy». Un espacio de unos treinta años separa a ambos, desde el viaje a Madrid con que se inicia propiamente la peripecia vital del protagonista (5 de octubre de 1852) hasta la fecha de composición de sus memorias tras el regreso al pueblo natal (1883). Ni que decir tiene que el joven de 25 años, inexperto y lleno de ilusiones, que se embarca en la diligencia con destino a la capital de España es muy otro del cincuentón solitario y prematuramente envejecido que brinda al lector la crónica de su vida. Desde el punto de vista formal, por tanto, Pereda sigue las convenciones de la autobiografía ficticia que tan bien representa en nuestra tradición literaria la picaresca[9], aunque las relaciones intertextuales son más complejas y en ningún caso pueden reducirse a un modelo único[10].

Aparte de su estructura narrativa, *Pedro Sánchez* constituye un

---

[7] José María de PEREDA, *Pedro Sánchez*, *Obras completas*, ed. de José Manuel González Herrán, Santander, Tantín, 1992, p. 357. Las citas posteriores se colocan en el texto principal entre paréntesis.

[8] Entendido aquí en el sentido inglés de «story», no de «history».

[9] Germán GULLÓN califica *Pedro Sánchez* de «novela picaresca sin pícaro (aunque no sin pícaros)» (*El narrador en la novela del siglo XIX*, Madrid, Taurus, 1976, p. 71).

[10] *Cf.* Anthony H. CLARKE, «Pereda's *Pedro Sánchez*: The Dickens Connection», *New Frontiers in Hispanic and Luzo-Brasilian Scholarship. Cómo se fue el maestro. For Derek W. Lomex in* Memoriam, ed. de T. J. Dadson, R. J. Oakley, P. Obder de Baubeta, Lampeter, Edwin Mellen, pp. 187-208; y Nil SANTIÁÑEZ-TIÓ, «La dimensión intertextual de *Pedro Sánchez*: notas sobre la fortuna literaria de Balzac y Victor Hugo en España», *Romanische Forschungen*, 107. 3-4, 1995, pp. 347-367.

experimento singular en la novelística de Pereda por la abundancia y precisión de datos con que se narran unos sucesos concretos de la historia de España, en este caso los que desembocaron en la Revolución de Julio (1854) y el Bienio Liberal (1854-1856). La presencia de un componente autobiográfico da fe de la predilección del autor por rememorar hechos verídicos en los que participó en calidad de testigo. Un Pereda de 19 años, seis menos que Pedro, viajó de Santander a Madrid en diligencia en otoño de 1852 a fin de ingresar en la Academia de Artillería. En la novela se evocan algunas de sus gratas experiencias en la urbe, en especial la amistad con otros estudiantes cántabros en una casa de huéspedes y su afición a los espectáculos teatrales. En julio de 1854, Pereda presenció *in situ* la revuelta popular en las calles de Madrid, en la que estuvo a punto de morir en un tiroteo. A finales de aquel año regresó a Cantabria, dejando sin terminar una carrera que había cursado por indicación familiar y para la que indudablemente carecía de vocación.

La estancia de Pedro en la capital se prolongó por más tiempo, resultado de su participación en los sucesos revolucionarios. Con el triunfo de los sublevados, Pedro consigue un destino en Gobernación (agosto de 1854) e incluso le ofrecen un acta de diputado (octubre de 1854), que rechaza después de consultarlo con su prometida, Clara Valenzuela. Su matrimonio tiene lugar en los primeros días de mayo de 1855. Tres semanas después, acepta su nombramiento como gobernador de una provincia. El levantamiento militar que clausura el Bienio Liberal (julio de 1856) coincide con la dimisión prácticamente forzada de Pedro de su cargo, por lo que no tiene más remedio que volver a Madrid a su antiguo trabajo de redactor de *El Clarín de la Patria*. En 1857 se separa de su mujer y se marcha de la capital. Enriquecido tras un periplo por diversos países que dura por lo menos hasta después de 1868, decide regresar a su aldea natal, instalándose en la casa paterna. Como hemos dicho, sus memorias las escribe en 1883.

Es obvio que una lectura estrictamente autobiográfica de la novela no llevaría demasiado lejos, ya que las diferencias entre la vida de Pereda y la de su personaje de ficción superan con creces las semejan-

zas[11]. Sí me parece interesante, en cambio, constatar la maestría que exhibe Pereda a la hora de encuadrar las andanzas de su protagonista en la historia patria. Los primeros rumores sobre el caos político le llegan a Pedro a poco de instalarse en Madrid, por boca de Magín de los Trucos (466), Augusto Valenzuela (486, 487 y 488) y Matica (500), hasta que posteriormente él mismo empieza a tener noción de lo que está acaeciendo (533). De igual modo, las incesantes crisis ministeriales previas a la revolución se enumeran a partir del testimonio de diversos personajes: caída del gobierno de Bravo Murillo (y por consiguiente de Valenzuela) en diciembre de 1852, de la que Serafín Balduque da noticia a Pedro (502); disolución del gabinete de Roncali (abril de 1853), al que sustituye el de Lersundi (abril de 1853), referida por Pedro (516); por último, informa éste, se pone fin a la situación insostenible de Lersundi con la proclamación de Luis Sartorius, conde de San Luis, como nuevo jefe del Gabinete (septiembre de 1853), que lleva aparejada la vuelta de Valenzuela (518).

En la misma línea de cronista cada vez más atento a los eventos históricos, Pedro va registrando aquéllos que preludian el ascenso de los liberales al poder. Entre ellos figuran el ocultamiento de Leopoldo O'Donnell para burlar la vigilancia de la policía (533 y 544)[12]; el levantamiento fallido del brigadier Hore en Zaragoza el 20 de febrero de 1854 (534); la aparición clandestina de *El Murciélago*, periódico incendiario contra el gobierno de Sartorius (534); el pronunciamiento de los ge-

[11] No obstante, la interpretación psicoanalítica defendida por Francisco PÉREZ GUTIÉRREZ es enormemente sugestiva: «es evidente que Pedro Sánchez no se parece a José María de Pereda. Pero, ¿no podría ser la otra cara de éste, su cara secreta, reprimida? Esa biografía *equivocada* de Pedro Sánchez, ¿no podría encubrir una tentación de Pereda, la de haber sido *otro*?» («¿Por qué *Pedro Sánchez*? La salida de Pereda hacia dentro», *Nueve lecciones sobre Pereda*, ed. de José Manuel González Herrán y Benito Madariaga, Santander, Instituto Cultural de Cantabria, 1985, p. 117). En términos semejantes se expresa GONZÁLEZ HERRÁN: «la historia de Pedro Sánchez no sería la que Pereda habría querido vivir sino, al contrario, la que temió haber vivido; la que acaso estuvo a punto de vivir y, afortunadamente --porque supo tomar la decisión acertada-- no vivió» («Introducción», *Pedro Sánchez*, Madrid, Espasa-Calpe, 1990, pp. 17-18).

[12] Pedro tuvo que esconderse también durante dos semanas en casa de Balduque a raíz de la publicación del *Cuento oriental*, una alegoría política cuya transparencia le valió la persecución de Valenzuela (541-549).

nerales Domingo Dulce y O'Donnell en Madrid, el 28 de junio, que Balduque cuenta a Pedro (545); el enfrentamiento en Vicálvaro dos días más tarde entre las tropas rebeldes y las gubernamentales, del que nuevamente se entera Pedro por Balduque durante su encierro en casa de éste (546); la publicación del manifiesto de Manzanares el 7 de julio (548). El clímax del proceso revolucionario tiene lugar el 17 de julio, cuando el pueblo de Madrid se lanza a la calle para exigir la dimisión de Sartorius. Balduque se exalta al explicarle a Pedro que la gente «grita que se las pela» pidiendo «las cabezas de los ministros, y la de …» (se supone que alude a la de Valenzuela) (549).

Ante el rumbo que toman los acontecimientos, Pedro sale de su escondrijo para luchar al lado de los insurrectos (capítulos XXIV y XXV). El ascendiente que ha adquirido por la persecución que sufre, unido a su fama de periodista comprometido y a las dotes oratorias que posee, le valen el reconocimiento inmediato de la gente. Por si lo anterior no bastase, su valentía durante la refriega lo consagra como héroe de masas, momento que marca el cenit en la carrera del joven provinciano. Junto a los sucesos ficticios que giran en torno a la actuación de su personaje, Pereda no pierde de vista el desarrollo de la historia en mayúsculas. Pedro comunica al lector los saqueos de los palacios de María Cristina (555) y del marqués de Salamanca (568). Él mismo, en forma de resumen, da cuenta del cese de las hostilidades el 19 de julio, tras el nombramiento del general San Miguel como capitán general de Madrid y el anuncio de la llegada de Espartero para formar un gobierno progresista (577). Un segundo resumen enumera otras medidas destinadas a satisfacer los deseos del pueblo (580). Pese a estos esfuerzos, la desconfianza por la tardanza de Espartero se acrecienta en los barrios del Sur, donde los revolucionarios más exaltados como *Miguelón* o el torero *Pucheta* se ensañan con el jefe de Policía, Francisco Chico, al que dan muerte (581). Finalmente, las aguas vuelven a su cauce con la entrada del antiguo Regente en Madrid el 29 de julio y el restablecimiento de la Milicia Nacional (587).

Un cotejo con la historiografía moderna revela que la versión que Pereda ofrece de la Revolución de Julio corresponde, en líneas generales, a la realidad de los hechos. Tanto V. G. Kiernan como José Ramón

de Urquijo y Goitia, autores de dos conocidas monografías sobre el tema, hacen hincapié en el hecho de que el triunfo de la rebelión de 1854 se debió fundamentalmente a la implicación de las clases obreras y artesanales, artífices y víctimas a la vez de la lucha armada.[13] Recordemos, en este sentido, que ni el pronunciamiento de Dulce y O'Donnell ni la Vicalvarada resultaron decisivos por la inercia de las clases populares, las cuales optaron por mantenerse momentáneamente a la expectativa. Así, cuando Pedro le pregunta a Balduque por la reacción del «pueblo soberano» ante las cosas que están pasando, el cesante contesta lo siguiente: «Enterarse de ellas achantadito… Él sabrá la causa; porque agallas no deben de faltarle» (546)[14].

Ya hemos indicado que *Pedro Sánchez* hace repetidas alusiones a la gravedad de la coyuntura social, política y económica de España durante la primera mitad de la década de 1850. Ello concuerda con el punto de vista actual, según el cual la Revolución de Julio fue la respuesta a una situación insostenible de crisis en la que incidían diversos factores: persecución política contra la oposición; represión y censura de la prensa; depauperación de la Hacienda pública, lo que obligó a los gabinetes moderados a negociar préstamos con los potentados de Madrid; paro e inflación crecientes, que afectaban sobremanera a la clase trabajadora[15]. Ante tal panorama, los hombres fuertes del moderantismo y del progresismo fueron limando sus diferencias ideológicas hasta hacer frente común contra Sartorius, reivindicando una serie de reformas económicas esenciales para el desarrollo capitalista.[16] Al final, sin embargo, tuvieron que aliarse con el proletariado y la menestralía para asegurar el éxito de su iniciativa. Ello provocó enseguida divergencias con los sectores más izquierdistas dentro del progresismo, quienes temían, no sin razón, que se pretendiera desvirtuar el contenido de una revolución que consideraban obra del pueblo. Es ilustrativo al respecto que la restaura-

13 V. G. KIERNAN, *La Revolución de 1854 en España*, tr. de Luis Escolar Bareño, Madrid, Aguilar, 1970, p. 78; José Ramón de URQUIJO Y GOITIA, *La revolución de 1854 en Madrid*, Madrid, CSIC, 1984, pp. 167 y 169.

14 En opinión del pueblo, «los sublevados buscaban únicamente un cambio en las personas sin variar en nada el sistema político» (URQUIJO Y GOITIA, *op. cit.*, p. 115).

15 URQUIJO Y GOITIA, *op. cit.*, p. 87.

16 *Ibidem*, *op. cit.*, p. 7.

ción de la Milicia Nacional le pareciese a Pedro un «juego» para pacificar, engañándola, a la ciudadanía (587)[17].

La prensa liberal fue otro de los agentes determinantes de la Revolución de Julio, enfrentándose valientemente con el poder a pesar de las detenciones y el cierre constante de periódicos[18]. La cuestión ocupa una extensión considerable en la novela de Pereda, pues no en vano el ingreso de Pedro en el periodismo se convirtió en la plataforma desde la que inició su vertiginoso ascenso. Por recomendación de Matica, Pedro consigue a finales de 1852 un trabajo de administrador en *El Clarín de la Patria*, un periódico (ficticio) de marcada tendencia progresista que en principio no casa con el ideario conservador de un hidalgo montañés. En septiembre de 1853 publica allí su primera colaboración, una «reseña humorística de los acontecimientos político-sociales de la semana» (517), la cual le inocula el veneno de la letra impresa. En octubre se le encarga la sección de crítica literaria, desde la que empieza a cimentar su fama con artículos ingeniosos mas carentes de toda sustancia, debido a su falta de conocimientos en la materia[19]. Contagiado de la fiebre revolucionaria, el siguiente paso lo lleva a la crónica política, etapa de apogeo cifrada en la enorme repercusión del *Cuento oriental*[20]. A partir de aquel momento, el prestigio de Pedro ante la opinión pública es tan alto que el mismo Valenzuela, consciente del daño que están haciendo sus diatribas contra el gabinete que preside Sartorius, se aviene a darle un puesto en el periódico gubernamental (538) –ofrecimiento que Pedro rechaza.

Sin rebajar la actuación del pueblo en los sucesos de 1854, Kiernan señala que fue también «la revolución de los funcionarios cesan-

---

17 Cotéjese la opinión de Pedro con la más ponderada de URQUIJO Y GOITIA: «con la organización de la Milicia y el encuadramiento en la misma de los luchadores de las barricadas, se lograba un primer propósito: desmantelar las barricadas e incluir a las fuerzas más radicales de la revolución de julio en un marco controlable y de orden» (*op. cit.*, p. 434).

18 URQUIJO Y GOITIA, *op. cit.*, p. 56.

19 Así lo reconoce Pedro desde la distancia del presente: «¡Poder de cuatro dones aparatosos de la madre naturaleza, y de una desfachatez imperturbable!» (533).

20 Es obra, dice Pedro, «cuya resonancia había hecho de mi nombre una bandera en la corte de las Españas» (541).

tes»[21]. La depuración de los mismos en el Ministerio de Hacienda creó «un ejército de descontentos»[22] dispuesto a empuñar las armas contra el gobierno, circunstancia que explica el número considerable de empleados públicos que salieron a luchar en las barricadas[23]. Pereda dejó constancia del hecho en la figura de Balduque, personaje de una bondad y honradez intachables a medio camino de lo sublime y lo patético. Don Serafín y su hija Carmen hacen amistad con Pedro en el trayecto de Santander a Madrid, adonde se trasladan acuciados por las penurias de la condición de cesante crónico del padre. El odio que siente éste hacia la política y los políticos ha fomentado en él unas ansias de destrucción que sólo se satisfarían si Madrid desapareciese del mapa (415). Desde el principio se muestra dispuesto a participar en una revuelta encaminada a «exterminar a garrotazo seco la pillería que medra con todos los partidos» (413). Paradójicamente, luego confiesa estar desengañado del poder taumatúrgico de cualquier revolución, del signo que fuera, para llevar a cabo la transformación de la sociedad (543). Víctima de un acceso de locura por culpa de una galopante depresión, durante la jornada del 19 de julio se lanza en medio de la refriega empuñando un fusil descargado. Una herida de bala pone fin a su existencia, ante el desconsuelo de Pedro (575-577).

Otra característica de la revuelta de 1854 en Madrid fueron las barricadas que el pueblo edificó para la lucha armada, siguiendo el ejemplo de las revoluciones europeas de 1830 y 1848[24]. Habiéndose distinguido como uno de los más bravos combatientes, el 19 de julio Pedro es «aclamado jefe de una barricada» levantada en la calle de la Montera (572), escenario de la funesta muerte de Balduque. El restablecimiento del orden lleva consigo la convocatoria del Ayuntamiento y la Diputación de Madrid disueltos en 1843, así como el ascenso directo a milicianos a todos los combatientes de las barricadas, con una asigna-

[21] KIERNAN, *op. cit.*, p. 96.
[22] URQUIJO Y GOITIA, *op. cit.*, p. 103.
[23] *Ibidem*, *op. cit.*, pp. 124-125.
[24] *Cf.* C. GARCÍA MONERRIS y J. S. PÉREZ GARZÓN, «Las barricadas de julio de 1854. Análisis sociológico», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 12, 1976, pp. 213-238.

ción de cinco reales diarios (580). La promulgación de estos decretos propicia una rápida profusión de barricadas por las calles de la ciudad, con «su letrerito indispensable en lo más alto, de: *Pena de muerte al ladrón*» (580). Ante tal abigarramiento, no sorprende que llegasen a confundirse quienes pelearon a brazo partido, como Pedro, con los ventajistas que se aprovecharon de una fácil ocasión de medrar (580-581)[25]. Para desesperación de nuestro personaje, estos últimos exageraron las muestras de patriotismo en los trajes que lucían, la ornamentación de las barricadas y el aire marcial que adoptaron, llevándose toda «la admiración y el respeto de las gentes» (581).

El Bienio Liberal que sigue al triunfo de la insurrección popular de 1854 se inicia con la reposición de Espartero el 29 de julio de 1854 y termina con su caída a manos de O'Donnell el 13 de julio de 1856. El gobierno progresista fue víctima de su incapacidad para resolver el conflicto entre, por un lado, una filiación monárquico-burguesa que pretendía discurrir por vías distintas a las del moderantismo y, por otro, el compromiso adquirido con unas clases trabajadoras cada vez más afines al ideario socialista[26]. La precariedad de tal equilibrio no satisfizo a la burguesía adinerada, que se alió con los moderados tan pronto como empezó a temer las reivindicaciones sociales del proletariado. La avanzada demócrata del progresismo, por su parte, terminó desligándose de éste y enrolándose en las filas del republicanismo. Sin apoyos de ninguna parte, el golpe de estado contra el otrora salvador de la patria estaba servido.

A diferencia de lo que sucede con los sucesos de la Revolución de Julio, Pereda no se detiene en explicar la coyuntura política del Bie-

---

[25] URQUIJO Y GOITIA explica que el «certificado de las barricadas se convertía en el salvoconducto imprescindible para vivir los próximos tiempos», remachando irónicamente que podía «resultar interesante aguantar el sol de julio o velar algunas noches» (*op. cit.*, p. 170).

[26] URQUIJO Y GOITIA, *op. cit.*, p. 205. El fenómeno tuvo una dimensión europea: «after a short interval of toleration and zeal, the liberals tended to moderate their enthusiasm for further reform and to suppress the radical left, and especially the working-class revolutionaries … Radicals, republicans and the new proletarian movements therefore moved out of alignment with the liberals» (Eric HOBSBAWN, *The Age of Revolution, 1789-1848*, Nueva York, Vintage Books, 1996, p. 302).

nio Liberal. Sólo al final del capítulo XXXVI, en un apretado resumen de menos de una página, Pedro comunica al lector las noticias del fin del período: crisis gubernamental; labor de acoso y derribo llevada a cabo por el semanario satírico *Padre Cobos*; disolución de la Milicia Nacional a manos del ejército de O'Donnell; finalmente, abdicación de Espartero y retiro en Logroño (644). El fracaso sin paliativos del experimento liberal del Bienio está ligado además a las desdichas de Pedro tras su renuncia al puesto de gobernador. Por ello, la decisión del autor de reducir tan drásticamente la información histórica referente al período 1854-1856 no debe achacarse a la desidia, ni tampoco a su desconocimiento de los mecanismos que rigen la novela. Al contrario, la imbricación entre lo personal y lo colectivo permite a Pereda entrelazar sutilmente a modo de alegoría el sino funesto de su protagonista y el de la nación española. El declive tanto social como espiritual de Pedro, una vez que ha logrado éste subir (engañosamente) a la cumbre de toda buena fortuna, responde al escepticismo perediano ante la política como instrumento de regeneración de España.

Como colofón, diríamos que el juicio que el ciclo 1854-1856 le merece a Pereda es consecuente con la ideología manifestada a lo largo de su novelística. La condena de la ambición política en la figura de Pedro reitera el patrón de *Los hombres de pro* (1872), si bien con la ausencia del tono satírico predominante en ésta. En otras dos obras, una anterior y otra posterior a *Pedro Sánchez*, se exorciza el demonio de la Revolución de 1868 mediante una acerba crítica de los efectos deletéreos de la misma. Me refiero a *Don Gonzalo González de la Gonzalera* (1879) y *Peñas arriba* (1895), novelas en gran medida complementarias[27]. En cuanto a la Revolución de 1854 y el Bienio Liberal, es evidente que se quedaron en una tentativa frustrada, un eslabón más en una larga cadena de infortunios a lo largo del siglo XIX. Con la perspicacia que lo caracteriza, Matica hace hincapié en la visión desencantada acerca del presente y el futuro de «esta castiza tierra de los garbanzos y de los motines» (507). La censura se extiende a todos los bandos, empezando por la corrupción

[27] Cf. Toni DORCA, «Pereda y la clausura de la novela de tesis: de *Don Gonzalo González de la Gonzalera* a *Peñas arriba*», *Volverás a la región: el cronotopo idílico en la novela española del siglo XIX*, Madrid, Iberoamericana/Vervuert, 2004, pp. 71-88.

del gobierno moderado encarnada en el cínico Valenzuela[28]. Luego se condena el comportamiento irracional y violento del pueblo durante las jornadas de lucha, según lo denuncian repetidamente Clara y Pedro (551-552, 558, 562, 567 y 568). Finalmente, el régimen progresista de Espartero se derrumba por culpa de «todo linaje de torpezas, ambiciones y asechanzas» (644), las mismas que derriban a Pedro de su escalafón.

Da la impresión, con todo, que las fobias revolucionarias del escritor cántabro no asoman con tanta crudeza en esta novela como en *Don Gonzalo* y en *Peñas arriba*. Pereda parece suscribir las reflexiones de Pedro (formuladas desde el presente de la escritura) en lo referente al impacto menor de la Revolución de 1854 respecto de la de 1868. La primera se limitó a transformar «el aspecto exterior de los pueblos»; la segunda, en cambio, «influyó grandemente en el modo de pensar de los hombres» (670), de ahí-pensaba Pereda-la necesidad de combatirla con todas las armas de la reacción.

Episodio personal: Pedro Sánchez

Cossío puntualizó el aspecto que diferenciaba los *Episodios Nacionales* de nuestra novela en los siguientes términos: «Galdós inventa aventuras para que su personaje se encuentre presente en los acontecimientos que han de ser fondo de sus episodios; Pereda sitúa una historia moral sobre tales acontecimientos, menos preocupado del relieve que el fondo histórico pueda tener»[29]. De las palabras de don José María se infiere que a Galdós lo movió sobre todo la lección histórica, mientras que Pereda dio primacía a la exposición de un caso individual. De ahí proviene la vigencia de las lecturas recientes de *Pedro Sánchez* que giran en torno al proceso de transformación, tanto interna como externa, que experimenta su protagonista homónimo. Pérez Gutiérrez ads-

[28] Con conocimiento de causa, Matica habla de «manos sucias, agios, escamoteos» (496).

[29] COSSÍO, *op. cit.*, p. xxx. A continuación añade lo siguiente: «Por eso Pereda puede titular su novela *Pedro Sánchez*, en tanto que Galdós no podría llamarlas *Gabriel Araceli*, sino *Trafalgar* o *Gerona*» (*Ibidem*, *op. cit.*, p. xxx).

cribe la obra al relato arquetípico del «héroe de las mil caras» de Joseph Campbell, dentro de un esquema mítico que incluye el viaje, la lucha contra el mundo, la frustración de las expectativas y el regreso al hogar[30]. González Herrán, por su parte, la califica de «*Bildungsroman* itinerante», a partir de un patrón de la narrativa decimonónica formulado por Lionel Trilling: joven de provincias que abandona el pueblo natal, triunfa efímeramente en la ciudad, sufre después una estrepitosa derrota y no tiene más remedio que volver a la aldea, «de la que acaso nunca debería haber salido»[31]. Aceptando la interpretación de *Pedro Sánchez* como un relato de formación, me gustaría ampliar la aguda observación de Cossío al objeto de subrayar la importancia del *episodio personal* en el desarrollo de la novela. Cabe matizar, no obstante, que la trayectoria vital de nuestro protagonista obedece a la confluencia de factores tanto psicológicos como históricos, que en muchos casos son dos caras de la misma moneda.

Aun con la novedad de su ubicación en un marco urbano con la que el autor quiso salir del huerto montañés, *Pedro Sánchez* se inserta en el motivo del *menosprecio de corte y alabanza de aldea* que, según Clarke[32], recorre toda la producción de Pereda. Y es precisamente en una aldea de la costa cantábrica donde se desarrollan los primeros siete capítulos, anticipo de la acción principal situada fuera de la región montañesa (capítulos VIII-XXXIV), hasta el retorno de Pedro en el epílogo (capítulo XXXV). Pedro refiere con delectación cómo el pueblo se encuentra tan a gusto con su emplazamiento que no se atreve a extenderse fuera de sus confines, ni reclamar para sí el mar y la playa colindantes que le pertenecen (360)[33]. Sus habitantes no se alejan tampoco de los límites geo-

30 PÉREZ GUTIÉRREZ, «Introducción», *Pedro Sánchez*, Santander, Tintín, 1992, p. 347.

31 GONZÁLEZ HERRÁN, «Introducción», p. 24.

32 CLARKE, *Pereda, paisajista. El sentimiento de la naturaleza en la novela española del siglo XIX*, Santander, Diputación Provincial, 1969, p. 99. Como ya advirtió MONTESINOS, *Pedro Sánchez* «no significaba, ni mucho menos, una ruptura con el mundo en que hasta entonces viviera el autor, un abandono de sus sentimientos e ilusiones de siempre» (*Op. cit.*, p. 134).

33 El único edificio «acometido de aquella mala tentación» (360) es la casona abandonada del Infantado que luego va a comprar la familia Valenzuela, proveniente de Madrid.

gráficos del mismo «más allá de tres leguas», y eso sólo para ir al mercado, la feria o el molino (361). La gente vive felizmente aislada de los avatares sociales y políticos de la corte, de los que sólo tienen noticia unos pocos por un periódico «harto serio y formalote» pagado a medias entre el padre de Pedro y el párroco (361). Lejos de ser una excepción, la mayoría de municipios de la provincia se halla en «igual estado de patriarcal inocencia», incluso años después de la década de 1850 en que da comienzo el relato (361).

Esta inmunidad a la historia característica del idilio se destruirá prácticamente de la noche a la mañana con la irrupción extemporánea de las huestes invasoras, en forma de tipos trashumantes que vienen desde Madrid a respirar los aires y tomar las aguas del Cantábrico por prescripción facultativa. La llegada de gente foránea durante el período veraniego es inseparable del progreso fundamental en las comunicaciones terrestres que supuso la invención de la locomotora de vapor. Pedro no puede menos que notar la conexión entre ambos fenómenos, sin que deje de asomar una cierta dosis de resentimiento ante el avance inexorable de lo que hoy conocemos por modernidad. Con el ferrocarril y los primeros turistas, se lamenta, va a desaparecer todo aquello que había de pintoresco en La Montaña: «el amor a sus costumbres indígenas, el color de localidad, el sello de raza» (362).

Los cambios sociales y económicos de la región llevan aparejados una transformación de los hábitos mentales del individuo que afecta su adscripción al terruño natal. La infancia, adolescencia y primera juventud de Pedro se caracterizan por la conformidad con su condición de hidalgo algo empobrecido, cuya máxima aspiración se cifra en conseguir, «*andando los años*», la plaza de secretario del Ayuntamiento para asegurarse el sustento de por vida (363). Cierto que Pedro, a diferencia de la mayoría de sus coterráneos, es un joven instruido que ha podido además visitar la capital de la provincia un par de veces. Estas salidas a Santander le han forjado una visión del mundo más amplia que la que hasta aquel momento tenía (368), al par que le han revelado insólitas oportunidades para hacer fortuna por caminos menos trillados que los convencionales (379). No obstante, ni en uno ni en otro viaje se ha alterado su propósito de permanecer en el pueblo en compañía del padre

viudo (374 y 379). Y para que el lector no conceda ningún mérito excepcional a su decisión, Pedro confiesa que una existencia así se ajusta naturalmente a su temperamento, «porque de ese barro quiso hacerme Dios» (380).

Pese a la sinceridad de propósitos de nuestro protagonista, la aparición de Valenzuela y su hija Clara en el pueblo durante el verano de 1852 va a dar al traste con el plan de vida que se había forjado Pedro. El ascendiente del político sobre la familia Sánchez es el motor que pone en marcha la peripecia novelística que va a discurrir fuera del reducto montañés. En sus conversaciones, Valenzuela le recrimina a Pedro su estrechez de miras por limitarse a un puesto de funcionario municipal. Para don Augusto, los tiempos nuevos requieren una mentalidad cifrada en el «deber de luchar por la vida» que ha de exhibir todo joven, máxime si se trata de alguien dotado de las prendas de Pedro (397). A continuación, Valenzuela se ofrece a conseguirle un destino en Madrid con el que pueda iniciar una exitosa carrera en el ramo de la Administración. No hace falta añadir que lo tentador de la oferta conlleva su aceptación inmediata. Para Juan, el futuro triunfo del hijo le brinda una ocasión única de vengarse de la hegemonía que disfrutan los Garcías en el pueblo, restaurando en todo su esplendor el brillo de la estirpe Sánchez[34]. Pedro tiene también sus razones para compartir el entusiasmo paterno. Por un lado, cumplidos ya los 25 años, le preocupa no cumplir las expectativas que la gente tiene depositadas en su persona; por otro, el respeto filial le insta a reparar en lo posible el lastimado orgullo de su progenitor.

Aun cuando Valenzuela actúa de señuelo con que atrapar a Pedro en las redes de la ambición mundana para luego dejarlo abandonado a su suerte, sería injusto atribuirle a él toda la responsabilidad en los infortunios de nuestro personaje. Por el contrario, las causas de la tragedia de Pedro se encuentran en un cúmulo de motivaciones psicológicas de diverso tipo, casi todas mal dirigidas y peor resueltas. Estas mo-

[34] No se ha remarcado la parte de culpa que las ínfulas nobiliarias de Juan Sánchez tienen en la desgracia de Pedro. Éste es, además, el único hijo varón y, como tal, el llamado a «conservar el apellido de familia» (358) –empeño en el que también está condenado a fracasar.

tivaciones tejen la tupida trama del *episodio personal* contenido dentro de una obra cuyo título coincide, significativamente, con el nombre y el apellido de su protagonista. Además del daño que consciente o inconscientemente le infligen Valenzuela y Juan Sánchez, Pedro es víctima de una psique escindida y, por lo menos en parte, atormentada. A lo largo de la novela, en efecto, Pedro se debate infructuosamente entre una decidida voluntad por triunfar a toda costa en Madrid y su incapacidad manifiesta de librarse de la costra de honradez e ingenuidad que le impide moverse con soltura. Como telón de fondo, Pereda sitúa además a su personaje en un ámbito (la corte) y una coyuntura histórica (la Revolución de 1854) extraños a su manera de ser, lo que explica el desajuste de Pedro ante unos acontecimientos que nunca llega a dominar por completo –a pesar de que sus éxitos iniciales en el campo político y sentimental pudiesen inducir a creer lo contrario.

Constatado el cinismo de su protector, a Pedro le quedaban solamente dos opciones en Madrid, como muy bien le recordó Matica: «buscárselas por otra parte, o volverse a su lugar» (499). El bienintencionado amigo le exhorta a no arrojar aún la toalla, convencido de que tiene madera de «algo más que un pobre secretario de ayuntamiento de aldea» (500). Por si no bastasen los consejos de Matica, las «miseriucas del amor propio» (500) que corroen a Pedro (el orgullo del apellido y la humillación de volver al lado del padre con las manos vacías) estimulan sus ansias de medro en la corte. Todavía le falta superar el desaliento que le causa la noticia del cese de Valenzuela, que lo inclina momentáneamente a arrojarlo todo por la borda y retornar al pueblo (503). Matica, una vez más, se encarga de sacudir la flaqueza de ánimo de Pedro con una oferta que, a diferencia de la de Valenzuela, no tiene nada de quimérica: «¿Le conviene a usted un empleo en Madrid, con veinticinco duros mensuales, pagados a tocateja, duradero, de poco trabajo y no precisamente antipático?» (504).

El ingreso de Pedro en *El Clarín de la Patria* supone la toma de contacto con la historia de un joven que, hasta aquel momento, había mostrado bastante más interés en los dramas ficticios[35] que en los re-

[35] Pedro es lector voraz de folletines y asiduo a los teatros de la capital.

ales. Su ascenso se produce, como hemos indicado, gracias a la insurrección popular que él y sus compañeros de redacción han ayudado a preparar con los artículos y reseñas que publican en el periódico. Se cumple así lo que el avispado Matica había pronosticado en relación con las personas afortunadas que se encaraman a lo más alto al compás de los desórdenes políticos: «Bien pudiera ser usted uno de esos venturosos mortales» (499). Pedro pasa a engrosar, en suma, las filas de los *parvenus*, nueva clase social compuesta por hombres de extracción humilde procedentes de las provincias que llegan a triunfar en las ciudades europeas posrevolucionarias de cuño burgués gracias al esfuerzo y el ingenio[36].

En todo este proceso desempeña un papel decisivo Clara Valenzuela, en cuya órbita giran los deseos del joven periodista de subir en el escalafón para hacerse acreedor del amor de ella. En la relación de Pedro con la hija de don Augusto se ponen de manifiesto las fallas de nuestro héroe trágico que lo abocan al fracaso. Se percibe, primeramente, que Pedro peca de falta de compromiso y sinceridad en la defensa de su ideario progresista. La falsedad de las opiniones que vierte en la prensa es un vacuo ejercicio de retórica, «pura fatuidad» en la que Pedro, que tiene bien desarrolladas las facultades imitativas, se limita a transcribir las expresiones de moda[37]. Más adelante, durante las jornadas revolucionarias, se pone del lado de los sublevados no por solidaridad con el pueblo, sino para salvar el pellejo y no dar con sus huesos en la cárcel (547).

Si Pedro no se mueve por convicciones políticas, de las que carece por completo, numerosas indicaciones en el texto demuestran que

[36] Así lo explica HOBSBAWN: «The crucial achievement of the two revolutions [la Francesa y la Industrial] was thus that they opened careers to talent, or at any rate to energy, shrewdness, hard work and greed» (*Op. cit.*, p. 189). No hace falta añadir que el *parvenu* es una de las creaciones más felices de la novela realista, desde Julien Sorel hasta Fermín de Pas.

[37] Son expresiones que Pedro pone entre comillas para subrayar su formulismo: «las corrientes del siglo», «vendas en los ojos», «necesidad de transigir y de andar para no ser atropellado», «viejo obscurantismo», «luz de las nuevas ideas» (516).

actúa para ganarse la admiración de Clara (559, 563, 570, 572 y 579)[38]. El renombre que alcanza Pedro en el periodismo coincide, de hecho, con la atracción cada vez más fuerte que despierta en él la hija de Valenzuela, en detrimento de la abnegada Carmen. Clara se sirve de sus encantos de mujer criada en el mundo elegante para inflamar las veleidades revolucionarias de Pedro más que cualquier otro personaje de la novela, incluyendo a sus fieles amigos Balduque y Matica. Excelente estratega como su padre, se casa con Pedro por interés[39] y cuando a ella le conviene. Pereda deja aquí de lado su pudor habitual, y la indiferencia con que suele tratar a los personajes femeninos, para sugerir cómo el erotismo de Clara estimula la pulsión sexual de nuestro protagonista hasta límites inimaginables para un inexperto en lides amorosas como él (595, 596, 614 y 659). Lamentablemente, el placer carnal no sirve para ahondar en una relación de respeto y estimación mutuos entre los cónyuges, sino para incidir en el lado perverso de la sexualidad. Clara seduce a su marido para convertirlo en instrumento de su ambición, mientras que Pedro se conforma con no pintar nada en casa a cambio de una noche de amor en el tálamo nupcial[40].

De igual modo que el ascenso de Pedro está dirigido con mano maestra por Clara, su caída se debe también a la perniciosa influencia de la hija de don Augusto. El influjo de Clara sobre Pedro se extiende, como hemos visto, a orientar a éste en su carrera para sacarle el máximo partido a su condición de héroe de masas. No sorprende, por ello, que lo primero que reclama de Pedro es que no se involucre más en revoluciones políticas (601), petición a la que éste accede gustoso dándoselas de hombre prudente que «sabe adónde va» (603). La ironía de tal afirmación se hace patente si tenemos en cuenta que, a partir de aquel momento, Pedro se equivoca en todas y cada una de las decisiones que

[38] Recordemos que protege a la familia Valenzuela y evita el saqueo de su casa a manos de la multitud enfurecida.

[39] «Cuando caiga mi marido, subirá mi padre; y, de este modo, siempre estaremos en candelero» (652).

[40] Así sucede cuando Pedro refiere a su mujer y su suegra que ha aceptado el puesto de gobernador por el que ellas suspiraban: «¡qué noche de júbilo en ella [la casa], y qué!...»(618). A la luz de la lectura psicoanalítica de Pérez Gutiérrez, uno se pregunta qué nos querría decir Pereda con todo eso acerca de su propia sexualidad.

toma (o, mejor dicho, toman por él), hasta que no tiene más remedio que dimitir de su cargo de gobernador antes de que lo echen. En un espacio de tiempo que abarca unos trece meses (junio 1855-julio 1856), Pedro sufre un revés tras otro que dan con su reputación y su autoestima por los suelos[41]. Los malos augurios (622 y 637) se concretan en una serie de desgracias que se encadenan en gradación ascendente: locura crematística de Clara y su madre (632-633); conflicto político de Pedro, al no aceptar la familia Valenzuela el nuevo orden salido de la Revolución de Julio (634); dificultades administrativas insolubles por culpa de un secretario indigno de confianza que roba fondos del erario público en connivencia con Clara, sin que el pardillo de Pedro se entere hasta que confronta al primero (641); desentrañamiento de la maldad de Clara (643); extinción de la pasión amorosa (656); descubrimiento del adulterio de Clara (662); ideas de suicidio (656-657); el duelo (que pierde) con el seductor Barrientos (664); por último, el dolor del recuerdo, «la tiranía de la memoria», sólo atemperados por la confianza en la providencia divina (666). El poso de corrupción que envuelve a Pedro durante su etapa política refleja la decadencia de un protagonista débil de carácter, al que Pereda tiene que castigar duramente por haberse apartado del camino correcto (el pueblo, el padre, Carmen, etc.).

Muertos de un plumazo todos sus familiares y amigos cuando estaba en disposición de volver a disfrutar de su compañía (668-670), Pedro pretende zafarse de la soledad que lo acosa viajando por todas partes, en busca de «el ruido, el movimiento, la variedad, el vértigo» (670). Al llegar a un punto de agotamiento físico y mental, oye «la santa voz de la patria» que lo llama a «su maternal reposo» (670). La vuelta a la aldea, sin embargo, le revela la dificultad de recobrar las ilusiones una vez que éstas se han perdido. Efectivamente, poco puede imaginarse el nuevo desengaño que le espera al instalarse en el caserón familiar, que compra y hace reparar sin escatimar gastos: Pedro se siente «casi extran-

[41] Pedro ya había entrevisto que su suerte podría cambiar en cualquier momento: «Un soplo de fortuna me encumbró. Otro puede derribarme a la hora menos pensada» (618).

jero y solo en mi patria» (670)[42]. La razón de tal desaliento estriba en la labor de zapa con que la historia ha derruido el carácter idílico del pueblo que Pedro recordaba de su niñez y adolescencia. Las revoluciones de 1854 y de 1868, explica Pedro, han alterado profundamente las estructuras de la vieja España: «la sociedad salió de sus antiguos cauces, y entróse por otros nuevos; creóse la vida distintas necesidades, y se transformaron radicalmente las costumbres» (670)[43]. Por supuesto, los efectos de las mismas han llegado también hasta la aldea natal de Pedro, en forma de nuevas edificaciones (muchas propiedad de forasteros), desaparición de los caciques locales, cambios en la moda y en la manera de relacionarse los jóvenes de ambos sexos y demás (670-671).

Ante tal estado de cosas, Pedro opta por las únicas vías que le permiten reconciliarse con su destino de solitario y hallar la paz consigo mismo: la resignación cristiana y el alejamiento de las tribulaciones mundanas[44]. Las relaciones sociales de Pedro, fuera de alguna que otra visita de los sobrinos que piensan heredar algún día su fortuna, se reducen significativamente a la amistad con el párroco del lugar. En sus conversaciones, breves pero frecuentes, hablan apenas «de lo de tejas abajo, y mucho de lo de tejas arriba» (672). Pedro entretiene el resto de sus ratos de ocio dedicándose a las faenas agrícolas, con las que ha criado los mejores ganados de la comarca. Se encarga asimismo del cuidado de la huerta, habiendo conseguido «primores en materia de injertos y otras habilidades» (672). La pesca, la lectura, la carpintería y, últimamente, la redacción de su autobiografía, completan el cuadro de una existencia de espaldas a la historia, en comunión con la naturaleza y con los

[42] En la página siguiente, Pedro reitera la misma sensación: «solo y extranjero en mi lugar nativo» (671).

[43] Resuenan aquí los ecos del extraordinario principio del relato: «Entonces no era mi pueblo la mitad de lo que es hoy» (357).

[44] Me aparto aquí de la opinión de los críticos que niegan la posibilidad de regeneración final del protagonista: «Cabría suponer que el reconocimiento del error pudiera empujar a un regreso salvador, pero no se regresa a ninguna parte; no hay tal regreso» (PÉREZ GUTIÉRREZ, *Salida*, pp. 116-117); «the protagonist's final return to his native Montaña where he will die disillusioned, a victim of the city and the century» (AKERS, *op. cit.*, p. 23). A excepción de CLARKE (*Pedro*, p. 201), no se ha prestado atención al estilo de vida que elige Pedro para superar el desconcierto inicial que le produce el retorno al hogar.

ojos de la mente puestos en el cielo. Tras muchos años de sufrimiento, nuestro protagonista ha sabido encajar la derrota de sus aspiraciones al asumir que la vida, en fin, es un compuesto de «breves goces y de amargas y muy hondas pesadumbres» (673). Sólo desde la atalaya de este conocimiento profundo de la vida y de uno de mismo se atreve a sugerir que la lectura de sus memorias pueda «servir a alguno de escarmiento» (673). Así, la enseñanza moral no está sancionada tanto por el desengaño[45] o el arrepentimiento[46] de Pedro, cuanto por su conciencia de la pequeñez e insignificancia humanas ante Dios.

TONI DORCA
MACALESTER COLLEGE

[45] «Su actitud desengañada le lleva a escribir sus memorias» (GULLÓN, *op. cit.*, p. 76).
[46] En palabras de PÉREZ GUTIÉRREZ, «lo que escribe en realidad son sus 'confesiones', confesiones de arrepentido» (*Pedro*, p. 321).